

5 F

12

Literatura
Argentina I

EMILE ZOLA

LA LITERATURA OBSCENA

①

PRACTICO

CLAUDIA TORRE

LITERATURA ARGENTINA
COMISIÓN 5 Prof Claudia Torre
martes 15 a 17

"La literatura obscena" Emile Zola (en La escuela naturalista Estudios literarios
por Emile Zola, editorial Futuro, Buenos Aires, 1945)

LA LITERATURA OBSCENA

ACABAMOS de asistir a un caso muy curioso. París es víctima de un acceso de virtud: hablo de un acceso en período agudo, de una de esas crisis que manifiestan la ignorancia y la tontería del público. Cuando la enfermedad se declara, ataca hasta a los más ingeniosos; no mueren todos, pero todos se contagian. Es cuestión de moda durante quince días. Esta vez la prensa ha hecho un gran descubrimiento; se trata de lo que ella, en su indignación, llama literatura obscena.

La historia es demasiado curiosa para dejar de contarla con todos sus detalles. Se ha fundado un periódico que se titula *Gil Blas*, el cual se vendía muy poco al principio. Alguna vez pregunté con curiosidad a los directores de hojas rivales sobre las probabilidades de éxito del recién venido; estos señores, alzando los hombros y con sonrisa despreciativa, contestaban que nada temían porque el periódico no se vendía. De pronto les vi variar de fisonomía; el *Gil Blas* se vendía; había descubierto una especialidad de crónicas ligeras que le proporcionaban un público original, entendiéndose que así se puede calificar a los hombres, y sobre todo a las mujeres, a quienes agrada el género picaresco. Esto es lo que motiva desde hace algunas semanas la cólera de la prensa virtuosa.

De ningún modo trato de defender al *Gil Blas*, pero me parece que es un caso fácil de analizar. Seguramente no se ha fundado con la intención de corromper a la nación. Sencillamente no ha hecho más que sondear su público; los periódicos nuevos conocen este período de dudas; mientras el éxito no llega, tantean todos los terrenos hasta que consiguen lectores. Pues bien, el *Gil Blas*, aventurando algunos artículos pica-

rescos, ha comprendido que agradan al público y no rehuye su favor sirviendo a sus lectores la golosina de su gusto.

¡Especulación innoble! ¡Escuela de perversión!, dicen los cofrades indignados. ¡Dios mío! Quisiera yo ver cuál es el periódico que niega a sus suscritores lo que éstos le piden. En estos tiempos de sumisión ante el público, la prensa no puede hacer otra cosa que adular constantemente a sus lectores. En política, en literatura, en artes, ¿cuál de ellos se colocaría valientemente en mitad del camino resistiendo la impetuosa corriente de la tontería y la bajeza humana? Puesto que todas las locuras, puesto que todos los apetitos tienen su órgano, ¿por qué no ha de tener la truhanería chusca el suyo? Entre los cofrades que se han velado la faz hay muchos que han trabajado, aunque de distinta manera, para la desorganización pública. Adular una aristocracia imbécil, adular los robos a la hacienda, la ambición de la clase media y la embriaguez del pueblo, esto es bastante más desastroso que adular la gana de reír de todo el mundo. En verdad se creería que la morai no reside más que en nuestro *pudendum*.

Así, pues, me he suscrito al *Gil Blas* para conocerlo. He leído en él artículos encantadores, como, por ejemplo, las crónicas de Teodoro de Banville, de mucha gracia lírica; las novelas tan intencionadas y tan alegres de Armand Silvestre y los estudios titulados "Acuarelas de M. de Richepin": he aquí tres poetas, cuya compañía honra. Verdad que el resto de la redacción es menos literario, como lo demuestra la publicación de algunas historias nada delicadas, no porque yo vitupere la inspiración, porque entonces condenaría por el mismo motivo a Rabelais y a La Fontaine y otros que tengo en mucho, sino que en verdad estas historias estaban muy mal escritas. Esto es lo que yo sostengo. Se es culpable cuando se escribe mal en literatura; éste es el único crimen que para mí existe. No sé dónde colocarán la moral, cuando pretenden ponerla en otra parte. Una frase bien escrita es una buena acción. Aquí llegaba en el estudio de esta cuestión, encantado cuando leía un artículo de un verdadero escritor, irritado cuando caía en mis manos un nauseabundo periodista de pacotilla borroneando su trabajo. Para mí lo innoble empieza donde acaba el talento; sólo una cosa me causa tedio: la tontería; pero mi época me guar-

daba todavía una sorpresa. He aquí que de pronto me dicen que el *Gil Blas* es obra mía, el hijo de mis entrañas. No hay que acusar a Voltaire, hay que acusar a Zola. De todos modos, el *Gil Blas* sería un hijo desnaturalizado, porque devora a su padre cada vez que lo nombra. Todavía no he encontrado en él una sola línea, no diré amable, pero ni siquiera cortés. Escriben en él hasta tres hombres que públicamente hacen alarde de aborrecerme. Confesad que sería éste un hijo que amargaría mi vejez si tuviese la menor duda en la paternidad. Pero no; yo me palpo, me interrogo, y la voz de la sangre no habla. Aunque me avergüence de mi esterilidad debo de entregar el niño a Boccaccio y a Brantôme. Comprendo que soy poco alegre, poco gracioso; no me siento capaz de hacer sonreír a las damas. Soy un trágico que se enfada, un melancólico a quien nada alegra, y haría mal, conociendo las leyes hereditarias, de sentar sobre mis rodillas de hipocondríaco a este gracioso muñeco, que ya le hace guiños a su nodriza. ¿No os extrañan los juicios extraordinarios de la crítica contemporánea? Hablo de la crítica corriente que llena los periódicos. No coloca a un solo escritor en su sitio, no estudia, no clasifica; arranca de una palabra, de una idea ya emitida, sin tener en cuenta el verdadero temperamento, la idiosincrasia del autor. ¡Dios mío! ¡*Gil Blas* hijo de *L'Assommoir* y de *Naná*! Sería Jeremías dando a luz a Piron, añadiendo: con el respeto debido, porque no quiero que me acusen de querer ponerme a la altura de los profetas.

¡Qué lindos artículos me dedican mis amigos! Tengo una docena ante la vista. En ellos se me acusa sin ambages de pervertir al siglo. Sobre todo, uno de ellos, es increíble: se dice en él con todas sus letras que yo he inventado la literatura obscena, ¡ay de mí!; no, señor, yo no he inventado nada, cosa que se me ha echado en cara con acritud. A quien tenéis que decirselo es a vuestros cofrades, porque si copio a todo el mundo, si no soy más que una degeneración de mis antepasados, mi influencia no sería ni tan terrible ni tan decisiva. ¿Por qué no decís también que yo he inventado el vicio? Esto me pondría de un golpe a nivel de Adán y de Eva en el Paraíso terrestre. Es poco acertado en un joven que se vanagloria de haber hecho sus estudios, borrar de una plumada tantas obras de mérito y encantadoras, escritas en todas las lenguas del mundo y decir

no
inventado
con
sus
copie

que empieza en *L'Assommoir* y en *Naná* lo que inocentemente llaman la literatura obscena.

Reparad que todas estas requisitorias van con un brillante séquito de los mejores sentimientos del mundo. Sobre todo, se habla en nombre de la justicia, se reclama la persecución por amor a la igualdad. ¡Inocente hipocresía que no engaña ni a los más tontos! Puesto que se persigue al periódico, ¿por qué no se persigue al libro? Puesto que este novelista ha sido llevado ante los tribunales, ¿por qué los tribunales no han llevado a este otro? Puede que lo encuentren lógico, pero huele muy mal esta lógica de la represión. El que sea partidario de la libertad completa, que se congratule el día que la justicia tiene un capricho de liberalismo; algo se va ganando. ¿Qué diríais de un hombre a quien su mujer pegase, y que por razón de lógica deseara una paliza diaria? Cuando uno de nosotros hace triunfar la libertad del pensamiento librándose de jueces que cree incompetentes, debemos regocijarnos. No me refiero a los que molesta el éxito ruidoso de un cofrade. En suma: se acusa a varios escritores de querer especular con la obscenidad. Se le silba, se recoge lodo del arroyo para tirárselo a la cara, y no contentos con mancharles, tratan de atacar su talento perjurando que los libros son la cosa más fácil de hacer con sólo amontonar horrores en ellos. Pues bien: haced un ensayo; será gracioso.

Cierto que hay especuladores en todas partes; en el *Gil Blas* se encuentran algunos. Son éstos, periodistas sin talento que fabrican un cuento picaresco como emborronarían una crónica que tratase de los premios a la virtud con lágrimas al final de cada párrafo. Estos cuentos tienen aceptación y los escriben como cualquier otro día escriben en otra parte defendiendo a los jesuitas.

En la novela ocurre lo mismo. Hay especuladores que fabrican con los éxitos ajenos, en los que no ven más que el relumbrón, y de los que sólo toman las crudezas, haciéndolas repugnantes por falta de talento. Esto ha sucedido siempre y seguirá sucediendo.

También podríamos hablar de los especuladores de la virtud. ¿Creéis que el asunto es menos vasto y el tráfico menos censurable? Conozco muchos novelistas y autores dramáticos

que explotan la virtud, y me pregunto cuál es su vida privada, encontrando que estos caballeros nos la pegan lindamente con su moralidad, no teniendo otro objeto que el de formarse una renta. Además, con la virtud no se necesita talento; basta con golpearse el pecho ante las damas, asegurándoles que nunca tendrán motivo para ruborizarse. En seguida se ven condecorados; se ingresa a la Academia, se toman actitudes para servir de modelo a la futura estatua de hombre puro y patriota. ¿No hemos oído ya bastantes dramas patrióticos y no nos han dado suficientes novelas medianas en las que los buenos sentimientos estallan en la última página como fuegos artificiales? ¿Se hace esto de buena fe? Lo dudo; sería demasiado tonto. Puros enredos, gentes hábiles nacidas en la escuela de *Tartufe* que han comprendido que pueden sacar más provecho tratando de la virtud que del vicio.

Ahora, entre los que emprenden la especialidad de no hacer sonrojar a las mujeres y los que se empeñan en sonrojarlas, están los verdaderos artistas, los escritores de raza que no se preguntan si las mujeres pueden ruborizarse. Tienen amor a su idioma y pasión por la verdad. Cuando trabajan es con un objeto humano superior a la moda y a las disputas de los que la fabrican. No escriben para una sola clase; tienen la pretensión de escribir para los siglos. Las conveniencias, los sentimientos producidos por la educación, la salvación de las jovencitas y de las mujeres vacilantes, los reglamentos de policía y la moral garantizada de los hombres de bien, desaparece y para nada la tienen en cuenta. Buscan sólo la verdad, la obra maestra, a pesar de todo y por encima de todo, sin preocuparse del escándalo ni de sus audacias. Los tontos que les acusan de calculadores no comprenden que su único objeto es alcanzar la gloria por el triunfo del genio, porque cuando se levanta un monumento la multitud lo acoge en su sublime desnudez, comprendiendo al fin. No le deseo a nadie moral; lo que sí deseo, hasta a mis adversarios, es talento, porque ha de redundar en provecho propio. Si tuviesen talento se tranquilizarían y proclamarían menos la virtud. De todos modos, que se persuadan de que el año de 1880 no es más vicioso que cualquier otro; que la literatura verdaderamente obscena no está más extendida que, por ejemplo, en el siglo XVIII, y que pasarán muchos años sin que el

Gil Blas haya dado un paso en la corrupción de nuestra sociedad. Toda esta escaramuza es una crisis pudibundamente ridícula que me hace temer la pérdida de nuestra famosa agudeza francesa. ¿Está, en efecto, enferma? ¡*Figuraos a Rivarol volverse a Grandisson!* (1). Es el protestantismo que nos invade. Erizan de hierro los *sumideros*; se crean refugios blindados para los amores monstruosos, cuando nuestros padres inocentemente se solazaban al sol.

(1) Rivarol (1753-1801) que con Chamfort (1741-1794), hombres de ingenio, mordaces, finos, tanto contribuyeron a crear la atmósfera de escepticismo y burla que fué fatal a la monarquía y a la Iglesia en 1789. Ambos cuentan entre los precursores del movimiento revolucionario, al evidenciar costumbres licenciosas y secretos de corte.

UNA GRAN FIGURA LITERARIA

HACE algún tiempo que me desasosiega una gran figura literaria; la de Sainte-Beuve. Años hace que el eminente crítico sucumbió, y me parece llegado el momento oportuno de decir, acerca de él, lo que piensa conmigo la generación presente. Pero, a la verdad, quien menos nos interesa es Sainte-Beuve: lo más importante para nosotros es analizar el preponderante papel por él desempeñado, en nuestra literatura de los últimos cincuenta años. Porque es indudable que Sainte-Beuve ha personificado una etapa literaria, la más interesante y decisiva de nuestros tiempos.

La crítica de este crítico se impone hoy, para señalar dónde se hallaba él hace veinte años y dónde nos encontramos hoy nosotros.

Desde principios del siglo, los períodos literarios se suceden con precipitación asombrosa. Cada veinte años el terreno social, como las obras que él produce, se modifican de tal manera, que es utilísimo y por demás instructivo hacer el balance de cada período recorrido, a fin de poder determinar el que le ha de seguir. He aquí, pues, por qué yo me contraigo a Sainte-Beuve sintetizando, como sintetizó a mi juicio, su época literaria con gran inteligencia y con esfuerzo de sinceridad inimitable. Estudiando a Sainte-Beuve, obtendremos el exacto conocimiento del espíritu de la época que abarca, desde el año 1825 al año 1870. Bastará al objeto, reconstruir de nuevo algunos de los procesos literarios —en los cuales creyó Sainte-Beuve haber dicho la última palabra— para deducir si hay o no lugar a admitir sus juicios. Para tal labor, apoyaremos en documentos ciertos nuestros modos de pensar actuales. Será, pues, esto lo pasado comentado y juzgado por lo presente.